

en Moscú ; tanto habian cambiado en todos sentidos.

« La czarina los acogió con demostraciones de placer y de bondad ; recibió á la princesa Mentschikoff en calidad de dama de honor, y la casó con M. de Biren, hijo de M. de Biren, mayordomo mayor de Rusia, y luego duque de Curlandia.

« En el inventario de bienes y papeles del difunto príncipe Mentschikoff, se vió que tenia sumas considerables en los bancos de Amsterdam y de Venecia. El ministerio ruso habia hecho muchas tentativas para apoderarse de estas sumas ; pero los directores de los bancos, fieles á las inviolables costumbres del país, se negaron siempre á desprenderse del dinero perteneciente al príncipe Mentschikoff, hasta tanto que estuviesen seguros que él ó sus herederos se hallaban en libertad y dueños de disponer. Se supone que este dinero que ascendia á mas de quinientos mil rublos, sirvió para dote de la señora de Biren, y por esta circunstancia ascendió el jóven príncipe Mentschikoff al puesto de capitan-teniente de la guardia de la czarina. Además, se le restituyó la quincuagésima parte de los bienes territoriales que su padre poseia.

LIBRO TRIGÉSIMO PRIMERO

I

Mohammed-Baltadji acababa de ilustrar y fortificar el imperio con la mas gloriosa paz que un gran visir hubo firmado jamás con el sable en la mano. A su llegada á Constantinopla recibió el premio comun á todos los servicios superiores al reconocimiento de las naciones. La opinion criticaba injustamente el no haber exterminado el ejército ruso y traído al czar cautivo á las Siete-Torres. Las calumnias de Carlos XII y del enviado polaco Poniatowski hallaron un pueblo crédulo para adoptarlas, y un favorito envi-

dioso para envenenarlas en el alma de Achmet III. Este príncipe conocia demasiado las virtudes del *leñador* para aceptarlas, pero buscaba la popularidad de los otomanos con mucho empeño, para declarar inocente á aquel á quien la preocupacion pública declaraba culpable. Desterró al gran visir á la isla de Lemnos.

Un georgiano sin talento, llamado Yusuf, antiguo aga de los genízaros, le sucedió, para guardar el puesto mas bien que ocuparlo, miéntras que el favorito esperaba el momento de reemplazarlo. Baltadji no tardó en morir en Lemnos, bien de veneno, bien de vejez, ó de ingratitud. Una prediccion, á la cual habia prestado siempre fé, le anunciaba que seria enterrado en el mismo sepulcro, con el gran poeta místico, el scheik Missri de Lemnos. La fortuna verificó el augurio; el leñador y el poeta descansan bajo el mismo ciprés.

II

El kiaya de los Baltadjis, Mohammed-Othman-Bajá, acusado mas directamente que el visir de haberse

dejado corromper por el oro de los rusos y por los anillos de la czarina Catalina, pagó con la muerte las sospechas del ejército. En sus arcas no se encontraron mas que dos mil ducados y el anillo nupcial de la esclava de Livonia, precio ridículo de la corrupcion de que era acusado, y rescate pueril de un czar y de su ejército; la insignificancia de estos despojos atestiguaban su inocencia. Los enviados de los cosacos del Don fueron á depositar sobre su tumba la sumision á la Puerta, que les imponia el tratado del Pruth.

Yusuf, que tenia como Baltadji-Mohammed la conviccion de la oportunidad y de las ventajas de este tratado para el imperio, fué derribado por la opinion pública y por el favorito, impacientes por renovar las hostilidades contra la Rusia. Un esclavo emancipado, Suleiman, vendido al favorito, fué el encargado de satisfacer esta ansia de guerra, y marchó para reunirse con el ejército á Andrinópolis; Achmet III en persona siguió al ejército. Pero, queriendo atestiguar á los otomanos que iba á combatir por la fé y por la gloria, pero no por la causa de un rey cristiano, envió á Bender quien suplicára á Carlos XII que saliese de sus estados, y entrase en Suecia por la Rusia, cuyo paso le estaba abierto, en virtud del tratado del Pruth.

Este soberano, á quien humillaba el entrar en sus

dominios sin ejército y sin vengarse, se obstinó en quedarse en Bender, despreciando las órdenes del sultan. Después de largas y vanas negociaciones para convencer al que los turcos llamaban *Cabeza de hierro*, el bajá de Bender recibió orden de hacer uso de la fuerza y de enviarle, no como huésped, sino como prisionero á Demótika, destierro de los reyes. Carlos XII, acompañado solamente de trescientos suecos, cuya vida sacrificaba á su orgullo ó á su demencia, se defendía, ménos como un héroe que como un insensato contra seis mil turcos y veinte mil tártaros del bajá de Bender, que le admiraban combatiendo. Refugiado en fin con tres de sus generales y algunos de sus partidarios en una casa almenada y rodeada de barricadas, la dejó hundirse á trozos sobre su cabeza bajo las balas de la artillería otomana y enredándose sus espuelas en una salida cayó en las manos de los genízaros. Atado y conducido al castillo de la *Piedra de hierro*, cerca de Andrinópolis, se le trasladó de allí á Demótika.

III

No tardó la opinion pública en sublevarse contra esta violacion de la hospitalidad para con un prínci-

pe, cuya bravura ilustraba la demencia á los ojos de los otomanos. « Respetad á vuestro huésped, aunque sea infiel » dice el Coran. El gran visir, el khan de los tártaros, el muftí, el bajá de Bender, ejecutores de este atentado contra la majestad del destierro y del trono, fueron sacrificados á la indignacion de los musulmanes.

El khodja Ibrahim, capitan-bajá, cedió el mando de la flota á Soleiman, y tomó su asiento en el divan. Disgustado con el papel servil que hacian los visires que le precedieron, bajo el kishlaraga, trató del asesinato de este favorito con el khan de Crimea y el reis-effendi. Una puñalada dada por un esclavo en una fiesta debia librar el imperio de este jóven ambicioso. Informado por una indiscrecion de la trama urdida contra su vida, se abstuvo de presentarse en la fiesta á que estaba convidado, y obtuvo sin dificultad de Achmed la orden de extrangular á su rival. Este atentado forjado contra su favorito, no servia mas que para apresurar el advenimiento del kishlaraga al rango, tanto tiempo por él apetecido, de gran visir.

IV

Ibrahim comenzó su administracion por sacar á Carlos XII de su prision de Demótika. El príncipe, conducido con honor á su reino, escoltado por seiscientos ginetes tschauschs, recibió en presente una tienda bordada de oro, un sable enriquecido con piedras preciosas, y ocho caballos árabes que llevaban pendientes de sus colleras de perlas los títulos de nobleza de su genealogía.

Conferencias abiertas con la Rusia previnieron y ratificaron por segunda vez, en Andrinópolis, las cláusulas del tratado del Pruth. Desórdenes apaciguados en Egipto, en Siria y en Arabia, llamaron la atencion de Achmet hácia sus estados de Asia. En fin, el pillage que los venecianos hicieron en los bajeles que conducian la herencia de Hassan-Bajá para la sultana Kadidjé, viuda suya, fué causa de la declaracion de la guerra á Venecia. La Morea fué el teatro de ella.

El mismo Achmet III marchó con el gran visir, á la sazón yerno suyo, hasta Tebas. El castillo de Mo-

rea, inexpugnado por los Kiuperlis y los Mezzomortos, cayó en poder de Achmet. El istmo de Corinto, franqueado por sesenta mil otomanos, entregó la ciudad á los genízaros. El proveedor mismo de Venecia, Minoto, fué vendido como esclavo, y librado por la mujer del cónsul de Holanda en Esmirna. Los griegos del continente y de las islas, cansados de sufrir el yugo veneciano, secundaron á los turcos en sus insurrecciones contra los latinos. Nápoli de Romanía, con su ciudadela en el fondo de un golfo profundo y á la entrada de la rica llanura de Argos, fué entregada por traidores á ciento veinte mil turcos que la sitiaban en vano por mar y tierra.

El mismo sultan quiso gozar de su triunfo, y distribuyó las recompensas sobre las ruinas del fuerte de Palamedes que domina la ciudad. Coron, Navarino, Modon, últimos castillos venecianos en la isla de Creta, capitularon en el verano de 1715. Venecia retrocedió hasta el fondo del golfo Adriático.

Estos sucesos sin reveses, sobre el Archipiélago y sobre el continente de la Grecia, atestiguaron en favor del jóven favorito de Achmet, el talento que legitimaba su favor. La sabiduría de su administracion en el interior, igualaba á su energía en lo exterior; combatía por un lado y reformaba por el otro. A él se le debe la prohibicion de mutilar á los niños ne-

gros en Egipto, para hacerlos eunucos, y la moderacion de los suplicios en Constantinopla. Ningun criminal fué ejecutado bajo su gobierno, sin ser previamente juzgado. El imperio recobró por impulso suyo, desde Bagdad hasta Azof, la energía relajada bajo la administracion precaria de sus predecesores.

En medio de esta paz y de esta prosperidad del imperio, obra de su yerno, la sultana Validé, viuda de Mahomet IV y madre de Achmet III, murió llena de vida y de poder. La hermosa esclava de Rétimo, elevada al trono por sus hechizos, caida de él con Mahomet IV, relegada por espacio de ocho años al antiguo serrallo, reinaba de nuevo hacia veinte en nombre de sus dos hijos Mustafá II y Achmet III. Dos mezquitas construidas por su piedad sobre las colinas de Galata y de Scutari, conservan su nombre y se lo recuerdan á los otomanos. Ninguna muger, despues de Roxelana y la sultana Kœsem, reinó tanto tiempo en lugar de su esposo y de sus dos hijos, sobre los otomanos.

V

Tanta fortuna embriagó y deslumbró por fin al jóven visir. Se negó á aceptar la mediacion del Aus-

tria, ofrecida por el príncipe Eugenio de Saboya á los turcos y á los venecianos, para arreglar sus diferencias y fijar los límites de sus posesiones de Morea. Fundábase el príncipe, para revindicar esta mediacion, en las cláusulas del tratado de Carlowitz, por el que el Austria habia garantizado implícitamente las condiciones puestas á la república por este tratado. El gran visir se opusó enérgicamente á reconocer ningun derecho de intervencion á los austriacos en una guerra, en que los venecianos eran los agresores. Habló elocuentemente al divan en este sentido, y reuniendo á todos los generales y jueces del ejército en el palacio de Daud-Bajá en presencia del sultan, entabló una discusion que revela deferencia en el ministro, y una libertad en el consejo que sorprende ver en un gobierno llamado impropriamente despótico. El objeto de la discusion era la paz ó la guerra con el Austria.

Abrióse con la lectura de un manifiesto redactado por el mismo gran visir. Este manifiesto tendia á demostrar, que ninguna estipulacion precisa ó indirecta del tratado de Carlowitz autorizaba al emperador á auxiliar á la república de Venecia, en caso que esta potencia estuviese en guerra con la Turquía; que este habia por consiguiente violado la paz y que se debia declararle la guerra. El muftí decidió que así debia

hacerse. El gran visir preguntó entónces á los generales si debía dirigirse á Corfú, cuya conquista se habia resuelto hacer mucho tiempo hacia, ó si debía encaminarse á las fronteras de Alemania. Todos respondieron que el gran visir debía de tomar el mando en jefe y marchar contra los alemanes, porque estos no se parecian á otros infieles y eran enemigos terribles.

« Los hombres pusilánimes, » dice el gran visir, « representan el poder del enemigo de la fé mas fuerte que lo que lo es en realidad, y desalientan así á los musulmanes. ¿ No es justo y conforme á las leyes, muy venerable muftí, hacer morir á semejantes hombres, traidores al imperio y á la religion, que tratan de sustraerse á las fatigas de la guerra? No es el contenido de una simple carta lo que nos mueve á comenzar esta guerra; solo hacemos los preparativos para ella y marcharemos hácia Belgrado. Si los infieles dan un solo paso en las fronteras otomanas, los rechazaremos. Entretanto, ya hemos dado las órdenes mas severas á los comandantes de las fronteras, á fin de que no se viole la paz. »

« El gran visir añadió que habia resuelto enviar al beglerbeg de Diarbekir, Kara-Mustafá, á Corfú, y les preguntó cuales eran sus pensamientos. Los genera-

les que conocian claramente que la determinacion del gran visir estaba tomada de antemano, prefirieron guardar silencio, á oirse llamar enemigos del imperio y de la religion, si se atrevian á emitir una opinion contraria á la suya.

« Basta por hoy, » dijo concluyendo el gran visir, « reflexionad esta noche, y si Dios lo quiere, acudid mañana, hácia el mediodía, al consejo que debe reunirse en Daud-Bajá, en presencia del padischah. »

Al dia siguiente los ulemas y los generales se reunieron en la tienda del caimakan. El gran visir llegó despues de amanecer y bajó de su caballo delante de la tienda imperial, en donde no tardó en reunirse la asamblea, Damad-Alí abrió la sesion con un discurso en el que hizo una relacion, como en el manifesto, de todos los hechos sucedidos, desde la violacion de la paz por la república, hasta la recepcion de la letra del príncipe Eugenio. El muftí entregó su fetwa al reis-effendi, que la leyó; en seguida preguntó á los ulemas lo que pensaban. Como nadie respondiese, bien porque no tuviesen nada que decir, ó porque no quisiesen comprometerse manifestando su opinion, reinó en toda la asamblea un profundo silencio, que duró mas de un cuarto de hora.

El gran visir le rompió exclamando: « Señores,

« ¿ porqué no hablais? Asistís á un consejo en donde
« todos tienen derecho para emitir su dictámen; si
« teneis alguna duda acerca de la validéz del fetwa,
« exponedla. »

Por fin, el antiguo juez mayor de Anatolia, Mirza-
zade-Scheik-Mohammed, habló en estos términos:
« La carta del primer ministro alemán que hemos
« recibido por el correo, no prueba que hayan sido
« pasadas nuestras fronteras. ¿ Dónde veis pues un
« indicio de la violacion de la paz? No sería mejor
« que la Sublime-Puerta, procurase por de pronto
« obtener informes seguros para dar despues en vir-
« tud de ellos las órdenes mas oportunas? »

El gran visir replicó, que la violacion de la paz
resultaba de la carta misma en que se acusaba á la
Puerta de haberse hecho culpable de esta violacion.
« Yo convengo en este hecho, » continuó el juez ma-
yor; « el enemigo nos acusa de haber violado la
« paz; pero él mismo pretende no tener nada que
« reprocharse. ¿ Quién nos impide prepararnos á la
« guerra, miéntras hacemos una nueva peticion?
« Hay por ventura necesidad de advertir al enemigo
« que intentamos combatirle? Desde luego no me
« parece justo comenzar la guerra solo por esta
« carta; yo creo que es bastante por ahora poner en
« estado de defensa las fronteras del imperio. »

« — Tráeme el tratado de paz, » dijo el gran visir
al reis-effendi, « y léesele al venerable scheik del is-
lamismo. » El reis-effendi leyó el tratado; pero en
los veinte artículos de que se componia, no se halló
una sola palabra relativa á Venecia.

El sultan tomó la palabra y dijo: « en tiempo de
« la guerra de Rusia, se hicieron tambien investiga-
« ciones, pero no dieron ningun resultado. »

« — Ved, » dijo el gran visir, volviéndose á Mir-
za-Effendi, « como miente el enemigo acusándonos
« de haber violado la paz. »

« — Cierto, » contestó Mirzazadé, « nosotros sabe-
« mos bien que no hemos violado la paz; ¿ pero se
« encuentra acaso esta rota por una falsa acusacion
« del enemigo? »

El gran visir le interrumpió con vehemencia y ex-
clamó: « parece, por lo que decís, que el enemigo no
« sería culpable de traicion, sino apoderándose de
« Belgrado; pero entónces sería demasiado tarde
« para defenderse. »

« — Yo no digo, » contestó el juez mayor, « que
« sea necesario aguardar á que nos haya dado esa
« prueba de su mala fè; pero creo, que miéntras no
« haya atravesado las fronteras, esta carta no nos da
« derecho para declararle la guerra. »

El gran visir, que vió en aquel momento un libro

en manos del scheik de Aya-Sofia, se lo pidió para saber si podía ser consultado con fruto. El scheik se levantó, pero el sultan le hizo un signo para que se sentara y leyera; abrió pues la obra de Serkhasi, y leyó dos páginas favorables á la opinion del juez mayor.

El gran visir dijo que estas decisiones eran sensatas, y no podian ser rebatidas, pero que no eran aplicables al caso de que se trataba. Cediendo un poco, añadió: « no queremos guerra sin causa ni « violacion de nuestras fronteras; solamente quere- « mos marchar sobre Belgrado, dispuestos á pelear « si es preciso. Hasta hemos prohibido muy severa- « mente á los comandantes de las fronteras que ha- « gan la menor injuria al enemigo por sus incursio- « nes, y nos hemos limitado á recomendarles la « mayor vigilancia. Anoche mismo hemos recibido « una carta del bajá de Temeswar. » Y mandó al reis-effendi que la leyera. Esta carta anunciaba que los imperiales no dejaban pasar los pontones que venian de Bosnia al Savia.

Despues de haber cambiado muchas palabras, el gran visir se dirigió á los visires, á los emires, á los ayans (magnates del país), á los khodjagans (señores del divan), y á los generales del ejército, les preguntó por segunda vez á donde debian acudir él con

el beglerbeg de Diarbekir con motivo de la doble guerra en que iban á verse empeñados. Se decidió por unanimidad, como la víspera, que el gran visir marcharia contra la Alemania.

El sultan dijo: « Si Dios lo permite, nos reunire- « mos en Andrinópolis para tratar de nuevo de la « guerra de Alemania, y obraremos segun la resolu- « cion que sea adoptada. » El scheik de Aya-Sofia levantó las manos para hacer la oracion. El sultan se levantó y la asamblea se retiró. El gran visir salió precipitadamente lleno de enojo, con el resultado de la deliberacion. Algunos dias despues, el juez mayor fué enviado de simple juez á Parawadi, en castigo de su franqueza.

Desde aquel momento se hicieron los preparativos de la guerra con la mayor actividad. Independientemente de la flota que habia en el arsenal, se mandaron construir quince galeotas, veinticinco fragatas, diez barcas con quillas encorvadas, y ocho falúas. Ibrahim-Aga, que mandaba el cuerpo empleado en la defensa de la *Puerta de Hierro*, cerca del torbellino del Danubio, fué promovido á la dignidad de bajá de dos colas, y nombrado capitan de la flotilla del Danubio. El mewkufatdji Ibrahim, y el defterdar de Nissa fueron nombrados comisarios, encargados de las provisiones de boca desde Constantinopla á Bel-

grado. El khan de Crimea fué invitado á incorporarse en el ejército, y el sultan le envió mil piastras para aljabas, y cuatro mil para pagar á los seghbans. El beglerbeg de Anatolia, Turk-Ahmed, que acababa de llegar á Galípoli para dirigirse á Corfú, recibió la orden de ir á marchas forzadas á Nissa. Por otra parte, Ahmed-Aga de Lippa, fué por Choczín, á la córte de Rakoczy ó Ragotski, portador de una carta, en la que el gran visir le ofrecía, como antiguamente á Tekeli, el principado de Transilvania y el título de rey de Hungría, escitándolo á renovar la guerra contra el emperador.

El sultan se dirigió á Andrinópolis, acompañado del caimakan, del muftí, de los dos jueces mayores, del jefe de los emires y de todos los señores del divan.

Al dia siguiente de la llegada de Achmet III á aquella ciudad, el beglerbeg de Anatolia hizo su entrada á la cabeza de sus tropas. En las primeras filas se veian los valerosos y los temerarios (gonüllüs y delis). Le seguian los cazadores y los milicianos (seghbans y lewends); despues cincuenta agas de su córte y nueve caballos de mano; por último, detrás de él marchaban mas de mil fusileros á pié y mas de cien pajes.

« El mismo dia tuvo lugar el tercer consejo que el sultan habia anunciado al levantarse la sesion de

la última asamblea. Apénas se leyó la declaracion de guerra y del fetwa que la legitimaba, el gran visir tomó la palabra : « No estamos aquí, » dijo, « para « perder tiempo en discutir sobre la necesidad de una « guerra que hemos resuelto ya emprender, sino para « excitarnos á conducirla de una manera conveniente « en conformidad con la sentencia : *Ataca á los infieles, y no tengas piedad de ellos.* ? Y vosotros, hombres de ley, qué pensais ? » Los unos le respondieron : « Que Dios os guie y os sea favorable. » Los otros dejaron al cuidado de los generales el contestar por ellos. El gran visir echó una mirada á estos últimos para conocer sus intenciones, y ellos exclamaron que todos eran esclavos del padischah, y que estaban dispuestos á sacrificar sus cuerpos y sus almas por la defensa de la religion y del imperio.

« El gran visir concluyó con esta palabra : « Es « indudable que Dios nos concederá la victoria, si seguimos esta máxima : *No esteis ni gozosos ni tristes, y sereis superiores (por la igualdad del alma.)* »

El scheik del campo imperial puso fin á este tercer consejo de guerra recitando las otras palabras de este versículo del Coran : « *Dios crió ciertos hombres para los combates, y otros para cuidar de la sopa.* »

VI

Otro manifiesto, en el que el gran visir declaraba la guerra, hacia recaer la responsabilidad de la sangre vertida en el príncipe Eugenio. El ejército marchó con el visir y el sultan á Philippópolis, ciudad intermediaria entre Belgrado y Andrinópolis. Se dividió en dos ejércitos, el uno dirigiéndose hácia el Danubio, el otro á la izquierda sobre la Macedonia y la Dalmacia, para hacer frente á los venecianos. Un embajador polaco alcanzó al gran visir en Nissa, para pedirle, segun la costumbre de las facciones sármatas, los socorros de las naciones vecinas contra el rey Augusto. Se cree, sin poder afirmar con seguridad la fecha, que la orden de deponer al hospodar, ó príncipe de Valaquia, Brancovan, sospechoso á la Puerta, fué promulgada durante esta estancia en Nissa. Pero si la fecha es dudosa, la deposicion y el suplicio vergonzosos de este príncipe decretados por Achmet III, manchan indeleblemente la memoria de este reinado. El discreto historiador Salaberry, consultando datos turcos, refiere así esta ejecucion que recuerda las

atrocidades cometidas, al fin del imperio bizantino, con la familia real de Trebizonda.

La traicion del príncipe Cantimir, hospodar de Moldavia, que en la última campaña contra los rusos habia conspirado con los enemigos de Achmet, y que se habia refugiado en Rusia, despues de la retirada del czar, inspiraba siniestras sospechas al sultan acerca de la fidelidad de Brancovan. Estas injustas sospechas eran su único crimen. El príncipe de los valacos habia gobernado durante veintiseis años la Valaquia, como un padre respecto de su pueblo, como vasallo irreprochable respecto de los turcos. Apesar de su inocencia y sus virtudes, Brancovan era conducido cargado de cadenas á Constantinopla para recibir allí el castigo de una perfidia que su conducta habia desmentido.

Apénas llegó este desdichado á las Siete-Torres, acudieron sus cuatro hijos y su mujer para defenderlo ó participar de su infortunio. Pero habia sido préviamente condenado, siendo su crimen, á lo ménos segun la opinion pública, poseer inmensas riquezas, de que no querian verse privados los ambiciosos que pensaban dividirse sus despojos. Brancovan, su mujer y sus cuatro hijos fueron sentenciados á morir. El muftí habia logrado que se les perdonase la vida, si abrazaban la religion mahometana. El espec-

táculo del suplicio del gran duque Notarás y de su familia, despues de la toma de Constantinopla, se repitió con todas sus circunstancias. Las seis víctimas se ofrecieron á la muerte; tres hijos perecieron en presencia de sus padres sin haber dado la mas leve señal de debilidad; pero el último, manchado con la sangre de sus hermanos, prometió abjurar su religion si se le perdonaba la vida. Esta pusilanimidad no lo salvó: el sultan, á quien se elevó la consulta, menospreció una conversion que tenia por fundamento el temor de la muerte, y el jóven príncipe fué decapitado. Brancovan murió en seguida, mostrando hasta el último momento el mas vivo dolor, no por su deplorable suerte, sino por la cobardía de su cuarto hijo. Su esposa fué la última víctima y pereció estrangulada.

Asi pasó la escena terrible de que fué teatro el castillo de las Siete Torres en 1714. Aquel sangriento lugar cobró con el suceso nueva fama; el suplicio del príncipe Brancovan y de su familia ha dejado, aun entre los mismos otomanos, tal recuerdo de horror y compasion, que parece que han olvidado que su sultan Othman II fué ejecutado allí, para hablar del príncipe griego, cuando llaman la atencion de los extranjeros hácia los muros exteriores de las Siete Torres.

VII

El ejército pasó el rio bajo los muros de Belgrado, para marchar á traves de las praderas sobre Peterwardein. Al pié de sus murallas halló al príncipe Eugenio á la cabeza de setenta batallones y de cincuenta escuadrones instruidos por él y aguerridos en las largas campañas de este Condé de los Alemanes.

La batalla comenzó al salir el sol. La ciega impetuosidad de los genizaros arrolló la infantería alemana persiguiéndola mas de lo que aconsejaba la prudencia contra un general tan hábil para sacar partido de la mas leve falta cometida por el enemigo. El príncipe Eugenio, despreciando la carga de los genizaros por su izquierda, se aprovecha del vacío que han dejado en la línea de los otomanos, y se precipita al galope con sus ciento cincuenta escuadrones. Todo cede ante el empuje de esta carga. El gran visir, que vé á sus spahis y sus silihdares deshechos ó dispersos coje el estandarte del Profeta con la mano izquierda, y acuchilla son su derecha á su amedrentada tropa para obligarla á volver al com-

bate. Desesperando de conseguirlo monta á caballo y se lanza con un peloton de bajás y de pajes en busca de la muerte para no sobrevivir á tan vergonzosa derrota. Una bala en la frente lo derriba muerto á los piés de los caballos.

Los austriacos, un momento desbaratados por el grupo intrépido que los rodea, dan tiempo á sus servidores para que levanten su cuerpo del suelo, lo pongan atravesado en un caballo y lo trasporten á Belgrado.

Ya habia precedido el ejército desbandado y vencido el cadáver de su general. Solo el Danubio y el Sava cubrian los restos de los ciento cincuenta mil otomanos contra los cien mil hombres victoriosos del príncipe Eugenio. Diez mil cadáveres, ciento veinte piezas de artillería, ciento cuarenta banderas, la tienda del visir, y cinco colas de caballos quedaron por segunda vez, como despojos, en poder del príncipe Eugenio. Los papeles secretos hallados en la tienda del visir ofrecieron á la corte de Viena el testimonio de las inteligencias de los polacos con la Puerta. El cuerpo del gran visir fué enterrado con triste pompa en la mezquita del sultan Soliman, en Belgrado. Exhumados y trasportados como un sacrilego despojo, setenta años despues, por los austriacos vencedores de Belgrado, los restos del gran visir Ali reposan hoy

cerca del sepulcro del mariscal Loudon, no léjos de Viena, en el bosque de Hadersdorf.

VIII

Achmet III, de vuelta á Constantinopla durante el desastre de Peterwardein, recibió la noticia con apática indiferencia. Khalil-Bajá, uno de los generales que habian entrado con el ejército en Belgrado, recibió el sello del imperio, recogido en el campo de batalla. Era este un albanés, antiguo bostandji del serrallo, elevado de grado en grado al rango de seraskier. Temeswar se entregó al príncipe Eugenio despues de un asalto de seis horas que costó la vida á seis mil turcos.

Resintióse el efecto del desastre de los otomanos en Hungría, en Corfú, defendido por el conde Schulemburgo contra el capitán-bajá Djanum-Khodja. Este fué encerrado en la Siete-Torres por no haber tomado la ciudad.

Miéntas que el nuevo gran visir reorganizaba el ejército, el príncipe Eugenio, atravesando la Sajonia, acampaba ya ante Belgrado. Una segunda batalla,

presentada por el general otomano que habia acudido al socorro de la plaza, abrió sus puertas al príncipe. Doscientos cañones, cuarenta morteros, de los cuales algunos lanzaban bombas de doscientas libras, veinte mil balas de cañon, tres mil bombas, sesenta banderas, nueve colas de caballo, todos los instrumentos de música de los genízaros, la tienda y el tesoro del visir, cayeron en poder del vencedor; seiscientas cincuenta piezas de artillería que guarnecian el rio y que armaban las barcas de guerra del Danubio, fueron vueltas contra los otomanos.

El gran visir desapareció en la confusion. Mohamed, hombre oscuro, antiguo secretario de un bajá de Alí, confidente de Ibrahim, yerno del sultan, fué promovido á la primera dignidad del imperio. Solo Kiuperli, bajá de Bosnia, sostuvo con energía el peso del Austria en estas provincias.

Hablóse de paz; el yerno del sultan, Ibrahim, recibió el encargo, como gran visir, de negociarla y concluirla. Escribió al príncipe Eugenio para reconocer como negociador al que reconocia por vencedor. Al mismo tiempo mandó que se guardase en Andrinópolis al príncipe pretendiente de Transilvania, Rakoczy, que la Puerta habia hecho volver de Francia, en donde se habia refugiado, para oponerlo á los alemanes.

Un pueblecillo de Servia, llamado Passarowitz, sobre el Morava, fué señalado por las córtes para lugar de las conferencias. El Austria moderó sus pretensiones. Fuese temor de robustecer demasiado á Venecia, en el Adriático, fuese recelos que le inspirasen los polacos y los rusos, ó bien deseo de contemplar á la Puerta, cuyo peso comenzaba á parecerles útil desde el momento en que no era preponderante, la córte de Viena se contentó con guardar la llave de los valles de Servia y de las avenidas del imperio, que les ofrecia Belgrado. El Balkan fué el baluarte inmediato de Andrinópolis; el Danubio, Nissa, Widdin, Nicópolis, Sofia, fueron en lo sucesivo la defensa natural y artificial de plazas y de posiciones que cubrieron el imperio.

IX

El príncipe Eugenio, cuyo valor en la guerra y lealtad en las negociaciones habian admirado siempre los turcos, recibió de Achmet III dos magníficos caballos del desierto, un sable y un turbante.

« Gran visir de los cristianos, » dice Mehemet-Ef-